

CLAVES DE SU PENSAMIENTO

GASTÓN SOUBLETTE: Una vida providencial

La aparente dispersión temática de Gastón Soubllette, en sus libros y opiniones sobre la coyuntura noticiosa, ocultaba una homogeneidad conceptual que daba sentido a todo su discurso. Siempre creyó que la vida en el universo no es casual. Ni siquiera la de cada uno de nosotros. Estaba convencido de que el mundo de lo desconocido, lo misterioso, se revela ante nosotros —se nos ofrece— si sabemos entender los símbolos y leer las señales. El pensamiento "soubllettiano" siempre tuvo ese eje central.

MIGUEL LABORDE

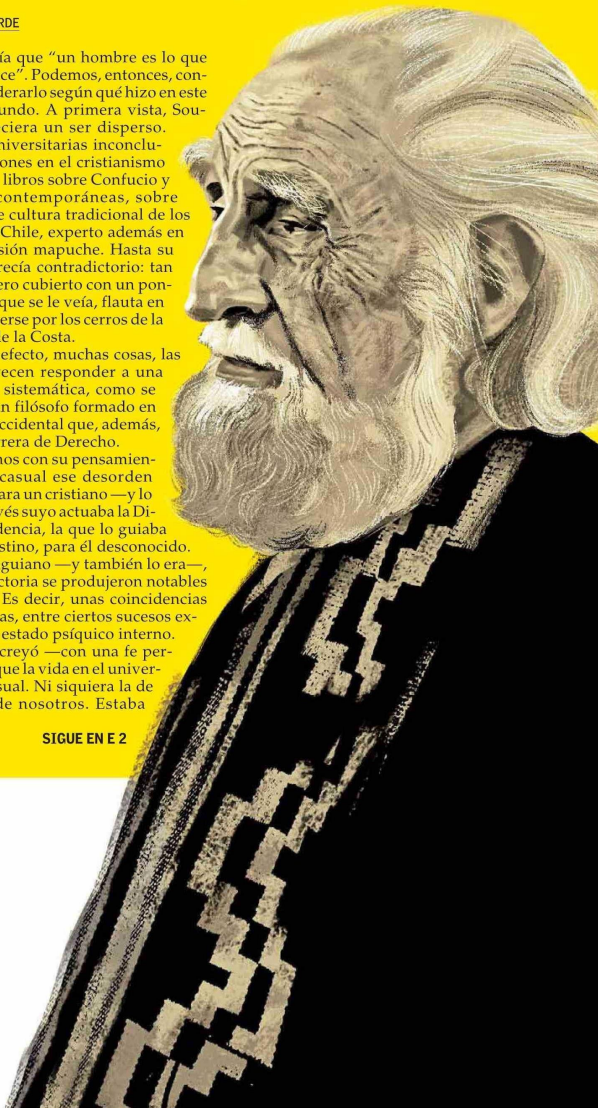
Decía que "un hombre es lo que hace". Podemos, entonces, considerarlo según qué hizo en este mundo. A primera vista, Soubllette parecía un ser disperso. Carreras universitarias inconclusas, incursiones en el cristianismo y budismo, libros sobre Confucio y películas contemporáneas, sobre música y de cultura tradicional de los campos de Chile, experto además en la cosmovisión mapuche. Hasta su aspecto parecía contradictorio: tan europeo, pero cubierto con un poncho, con el que se le veía, flauta en mano, perderse por los cerros de la cordillera de la Costa.

Hizo, en efecto, muchas cosas, las que no parecen responder a una trayectoria sistemática, como se espera de un filósofo formado en la cultura occidental que, además, cursó la carrera de Derecho.

Si seguimos con su pensamiento, no fue casual ese desorden aparente. Para un cristiano —y lo era—, a través suyo actuaba la Divina Providencia, la que lo guiaba hacia su destino, para él desconocido. Para un junguiano —y también lo era—, en su trayectoria se produjeron notables sincronías. Es decir, unas coincidencias significativas, entre ciertos sucesos externos y su estado psíquico interno.

Siempre creyó —con una fe persistente— que la vida en el universo no es casual. Ni siquiera la de cada uno de nosotros. Estaba

SIGUE EN E 2



Gastón Soubllette...

VIENE DE E 1

convencido de que el mundo de lo desconocido, lo misterioso, se revela ante nosotros —se nos ofrece— si sabemos entender los símbolos y leer las señales. El pensamiento "soubllettiano" siempre tuvo ese eje central.

Cuando nos preguntamos qué hacía él analizando a Mahler y sus sinfonías, lo que transmiten los símbolos de la alfarería mapuche y el libro chino de los cambios —el I Ching—, o las primeras banderas de la República de Chile, en todo encontramos la misma actitud vital, el mismo propósito de oír los mensajes que se ocultan detrás de la realidad aparente.

Como se ha recordado en estos días, tras su muerte reciente, su madre lo golpeó psíquicamente, cuando él era un niño, al decirle que ella no era su verdadera madre. Esa frase, que podría haber sido simplemente traumática, a él, providencialmente, le abrió una puerta amplia; pudo así descubrir que hay realidades muy diferentes, las que no aparecen a simple vista.

Esa familia suya, viñamarina, culta y melódica, refinada y de buen pasar, tan perfecta en sus expresiones, podía ser una apariencia que apenas recubría algo mucho más complejo. Un tema recurrente en la literatura y, lo que tanto le interesaba, en el cine.

Podíamos ir a ver "2001, Odisea del espacio", y salir comentando la película, su imagen del futuro. Eso, para él, no era suficiente. Tenía que sumergirse en las ideas de su director, Stanley Kubrick, y encontrar detalles significativos que ofrecían otra perspectiva de su autor. Uno que, al igual que Soubllette, tenía un complejo mundo interior y, de niño, sufrió la educación formal; asimismo, no siguió una formación académica regular, sino sus propias intuiciones... ¿Sincronía?

También hay constancia en su amor a la humanidad, amor extenso y sin fronteras. Si podía sumergirse en Japón, China y la India, en los mitos celtas y escandinavos, en las cosmovisiones mapuche y maya, es porque le fascinaba ver cómo el ser humano enfrenta el silencio de lo desconocido, con qué conexiones místicas o elaboraciones intelectuales busca el sentido de la vida. Encantado con esa diversidad que, en lo profundo, veía conectada por vasos comunicantes esenciales. En ello se expresó en su libro "El Cristo preexistente" (Ediciones UC, 2016), sobre el Evangelio cristiano y el Camino del Tao, de maravillosas sincronías.

Después de todo, y estaba muy consciente de ello, el ser humano se había abierto a lo desconocido al advertir que la espiral de la galaxia, en lo profundo de la bóveda celeste, era idéntica a la de la caparazón del pequeño caracol, lo que no parecía simple coincidencia. Y eso fue vivencia de todos los continentes.

Crear o saber

Aunque Soubllette fue un gran conservador espiritual, en diálogo abierto a todas las tradiciones, también le interesaba el mundo de los agnósticos y los ateos. En el pensamiento de Jung descubrió un gran aporte porque, justamente, aunque este analista, de familia protestante, se había alejado de lo institucional para vivir su espiritualidad desde adentro hacia fuera, desde su ser interior: "No me interesa creer, yo sé", llegó a escribir. Era una ruta apta para no creyentes, fundada en los arquetipos psíquicos de nuestra especie, compartidos por todos los pueblos. Se podía acceder a una búsqueda espiritual desde la fe, o sin ella. Y dialogar unos con otros.

Partió decepcionado de su cultura occidental y cristiana, proceso en el que comenzó a calibrar y valorar otras tradiciones, pero luego se reencontró con sus raíces. Percibió que era su portador, aun sin darse cuenta. Es por eso que se alejó de la India y sus gurúes —en tránsito hacia la iluminación, individual— y se concentró en la sabiduría china, que ofrecía una vida queda compartida con la comunidad. Por lo mismo, exactamente, siguió de largo en relación con Freud y sus exploraciones de la psiquis individual, y se sumergió en las teorías de Jung, quien, a través de los arquetipos, estudia lo que compartimos los seres humanos.

Si el cristiano cree en un orden, en el que se le aparece la Divina Providencia, y el junguiano puede observar la sincronía con que se relacionan los hechos exteriores con el mundo interior, Soubllette buscó idear una alternativa transversal. De cómo el sujeto y el objeto, lo conocido y lo desconocido, la materia y el espíritu, se andan buscando en una suerte de danza universal, que los acerca y vincula, gracias a que hay una relación de "analogía" que relaciona al que busca con lo buscado.

Más cercano al arte que a la intelectualidad formal —finalmente, su formación fue esa, en el Conservatorio de París—, sus trabajos reflejan una radical convicción en el poder comunicativo de las artes, en especial, en su caso, de la poesía y la música, las que conoció y cultivó desde su infancia.

A través de ellas se conectaba, gozosamente, con el esplendor del mundo y con la armonía universal. En el primer caso, llegó a ser un activista ecológico, dolido —e indignado— ante el maltrato a una naturaleza que, bella y sobrecargada —por analogía—, comunicaba el interior del ser humano con la admirable belleza del cosmos y sus misterios. Una naturaleza que es o puede ser un contacto con lo trascendente, lo que hizo de él un gran caminante por los cerros de la cordillera de la Costa, la cercana a su casa-cuadra de Lima. Esas percepciones, por lo demás, las vería compartidas por los sabios populares de los campos chilenos, y también por los sabios de pueblos originarios de América, todos hermanos por el mismo psiquismo y las mismas inquietudes espirituales de todas las culturas humanas.

En su libro "Poética del acontecer" (Editorial Universitaria, 2018) abunda en las artes y sus revelaciones. La poesía puede ser reveladora de la esencia del acontecer, tal como la música, con sus epifanías, puede abrirnos a espacios interiores antes insospechados.

Como intelectual público, sus reacciones

Si el cristiano cree en un orden, en el que se le aparece la Divina Providencia, y el junguiano puede observar la sincronía con que se relacionan los hechos exteriores con el mundo interior, Soubllette buscó idear una alternativa transversal".



Violeta Parra, en la foto, recorrió en los años 50 las localidades de Hualqui y las Nipas recolectando letras y melodías del canto rural. Soubllette le ayudó luego con la sistematización y transcripción en pentagramas.

Orientalistas hay muchos, también junguianos y cinefilos amantes de teorías que escurriñan los símbolos. En todo eso, Gastón Soubllette estaba acompañado. En lo que siguió una ruta menos transitada fue en la inmersión que hizo después en la sabiduría tradicional chilena".



Gastón Soubllette en su casa de Lima. En un retrato de 2016. Llegó a adquirir un profundo conocimiento de la cultura mapuche y sus rasgos identitarios.

mil canciones tradicionales chilenas, y no sabía cómo llevarlas a partituras. La segunda, cuando él fue a golpear la puerta del Instituto de Estética de la Universidad Católica, donde Fidel Sepúlveda Llanos —que pronto asumiría su dirección, en 1971— era un reconocido experto en saberes tradicionales de Chile; tanto así que tras su muerte, el año 2006, la Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos de Chile creó el premio anual que lleva su nombre para distinguir a personas o grupos que aporten al "patrimonio inmaterial de nuestro país". El instituto sería el hogar intelectual de Soubllette por casi medio siglo.

Violeta Parra le abrió la puerta para que él conociera esos saberes —"sapienciales", le gustaba decir—, que, a través de canciones, cuentos, refranes o mitos, se transmiten de generación en generación. Una cultura de fuentes orales, de vida aparte de la oficial. Por ella conoció cultores, "sabios populares", los que, como fue descubriendo, transmitían patrones éticos y estéticos, conductas e ideales humanos, caminos para quienes buscan su plenitud. Gente bien puesta en el mundo, capaz de dar gracias a la vida.

Fidel también le abrió una puerta a ese mundo que ya venía estudiando. Soubllette, entonces, le hizo una propuesta. Tal como Confucio y Lao Tsé, que en China habían rescatado esos saberes superiores, de valores tradicionales que se veían amenazados por la centralista cultura imperial, ellos podrían emularlos en Chile, y también crear una serie de libros para rescatar esa sabiduría indo-hispana del siglo XVIII, de espíritu barroco, que los chilenos del siglo XIX habían descartado por anglofilia, francofilia, germanofilia. Por buscar el conocimiento moderno, habían dejado atrás la sabiduría espiritual.

De acuerdo los dos, dieron vida a una seguidilla notable, dedicados a los Cantos a lo humano y lo divino, a refranes y cuentos, a la cultura tradicional chilena.

Tal vez, en el caso del filósofo, ese es el aporte más relevante en su larga y compleja trayectoria —una vez más— porque fue ese bagaje el que le permitió aglutinar la profundidad de lo sapiencial chileno, distinto al pensamiento occidental preponderante.

No era un folclorista sencillo y casi ingenuo, como se percibía desde la cultura oficial, sino alta sabiduría para humanizar el mundo. Algo necesario, antes y siempre, porque ofrecía pautas de conducta y un sentido de vida trascendente y pleno, acompañado con nuestra geografía. En sintonía, según él, con el mensaje que trajera el hijo de un carpintero, quien, también desde un entorno sencillo y rural, se transformó, como le gustaba decir, en quien cambió el paisaje cultural de toda Europa y América. Y cuyas enseñanzas fluyen mucho más en la cultura tradicional que en la oficial.

El autor es director de Revista Universitaria.



En el Cementerio n. 1 de Valparaíso se realizó el funeral de Gastón Soubllette, Premio Nacional de Humanidades.

iban en esa línea; la pobreza, la mala educación, las indignidades que padecen los marginales, más allá de sí mismos, le parecían una violación al compromiso ético que compartimos como humanidad. Si cada ser humano es portador de un misterio original y único, el que no pueda acceder a su plenitud —por condicionantes económicos y/o políticos— viene a ser una suerte de crimen espiritual.

La tierra justa

Orientalistas hay muchos, también junguianos y cinefilos amantes de teorías que escurriñan los símbolos que aparecen en las películas. En todo eso, Gastón Soubllette estaba acompañado. En lo que siguió una ruta menos transitada fue en la inmersión que hizo después en la sabiduría tradicional chilena.

Una vez más, la casualidad —Divina Providencia, sincronía, analogía— lo puso en el lugar correcto y en el momento preciso. En realidad, en dos de esas situaciones, complementarias. La primera, en 1956, cuando llegó una joven Violeta Parra a golpear su puerta en la Radio Chilena, propiedad de la Iglesia Católica —donde él dirigía la programación—, para pedirle ayuda; había memorizado cerca de tres